



Iquique, 5 de abril de 2023.

MISA CRISMAL, HOMILÍA

Querido hermanos sacerdotes.
Queridos Diáconos.
Queridos Seminaristas.
a toda la vida religiosa
A los laicos, laicas y comunidades

¡El Señor les conceda la Paz!

1. En este tiempo, todavía breve, como su Obispo, me ubico como aprendiz y artesano del reino de Dios, bajo esta clave de vida he podido experimentar la vitalidad de nuestra Diócesis que tiene una plural riqueza de rostros, historias, con diversidad de expresiones y de territorios, pero que crean la unidad y comunión en la fe, la esperanza y la caridad en Jesucristo, contemplo una Iglesia que desea caminar en sinodalidad, con capacidad de escuchar, dialogar, discernir la mejor forma de anunciar a Jesucristo, en ser presencia y sacramento de salvación del único Dios verdadero, Trino y Uno, y presidida en la comunión por mi persona como su hermano y pastor.
2. En este momento histórico, Jesús nos invita, una vez más, a “remar mar adentro” (cf. Lc 5,4) con la confianza de que Él es el Señor de la historia y que, de su mano, seguiremos discerniendo juntos el horizonte a transitar. Nuestra salvación y vida de Iglesia, no es de laboratorio o de espiritualismos desencarnados; discernir la voluntad de Dios como lo hemos estado haciendo desde mi llegada, es aprender a mirar e interpretar la realidad con los ojos del Señor, sin evadirnos de lo que acontece porque nos lo exige el misterio de la Encarnación del Verbo eterno
3. La vida de un sacerdote es ante todo la historia de salvación de un bautizado. De una persona que el Señor le dijo “Sígueme”. No debemos nunca olvidar que toda vocación específica, incluida la del Orden sagrado, es cumplimiento del Bautismo. Constituye siempre una gran tentación vivir un sacerdocio, una vida laical, una vida religiosa, sin el Bautismo, es decir, sin acordarnos que nuestra primera llamada es al seguimiento de una Persona. Seguir a Jesús, significa configurar la existencia con la vida del Señor y dejar que nuestra vida palpite con sus mismos sentimientos (cf. Flp 2,15). Sólo cuando buscamos amar como Jesús amó, hacemos también visible a Dios y realizamos así nuestra vocación de seguimiento y a la santidad. Con cuánta razón san Juan Pablo II nos recordaba que «el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado» (Exort. ap. post sinodal, Pastores dabo vobis, 25 marzo 1992, 26).
4. El sacerdote durante su vida pasa por periodos y momentos de entrega fervorosa o también de pasividad; esto porque la vida no es lineal, tiene sus altos y bajos. Yo mismo he pasado por distintos momentos y rumiando las mociones del espíritu constaté que en algunas

situaciones, inclusive en momentos de pruebas, dificultades y desolación, permanecía la paz y claridad del llamado. Y así como les comparto mi experiencia, seguramente ustedes queridos sacerdotes y laicos, tienen mucho que compartir de su vida y respuesta al Señor.

5. Para nosotros, queridos hermanos sacerdotes, la Misa Crismal es el momento gozoso de volver al día de nuestra ordenación sacerdotal, para agradecer la gracia que recibimos por la imposición de manos del Obispo y la unción con el óleo santo, y renovar nuestro compromiso de unión a Cristo, configurándonos con él para servir con verdadera entrega al pueblo que se nos ha confiado. Esta celebración nos ofrece cada año la oportunidad de detenernos a reflexionar sobre nuestro ser de sacerdotes, sobre nuestra vocación, para responder así mejor a los retos que en cada momento se presentan a la Iglesia y a nuestro ministerio.
6. El evangelio de san Lucas que ha sido proclamado, nos comparte que toda la sinagoga tenía clavados los ojos en él, en Jesús. Los invito a clavar, fijar, también nosotros los ojos en Jesús para que en él y por él mirar el don del sacerdocio que ha dejado a su Iglesia. No somos llamados por nuestros méritos, sino por pura e inmerecida gracia. Jesús nos llama para estar con él, para regalarnos los tesoros de su corazón, y para enviarnos a anunciarlo en medio del mundo. Por ello, nuestro modelo es Cristo. En él somos configurados y en su persona actuamos. Que el Santo Cura de Ars, aliente a toda nuestra Iglesia diocesana y nuestro sacerdocio con su bella expresión mística: “El me mira y yo lo miro”
7. Cristo ha sido ungido por el Espíritu Santo. En la sinagoga de Nazaret, Jesús hace suya la profecía de Isaías cuando dice: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acaban de oír”. El Espíritu unge a Cristo para una misión, para evangelizar. La misión del Señor es una misión a favor de los hombres, especialmente de hombres y mujeres que viven en situación de postración, de exclusión y de sobrevivencia.
8. Por eso, ungido como Jesús por el Espíritu Santo, nuestro ministerio es un ministerio de misericordia. Nuestra vocación consiste en mostrar junto con la comunidad, el rostro de un Dios que ama con entrañas de misericordia. Hemos de ser misericordiosos y tener entrañas de misericordia. El Pueblo de Dios espera ver en nosotros sacerdotes, actitudes propias del padre que acoge, comprende, sostiene, ayuda, anima la corresponsabilidad, comunión y protagonismo laical. Hemos de hacer de nuestras comunidades verdaderos hogares donde se acoge, se escucha, se comprende y acepta a todos, ayudándolos a conocer y experimentar el amor de Dios. Cuánto deseo que nuestras parroquias, nuestras comunidades, colegios, bailes religiosos, cofradías, movimientos, sean espacios y escuela de misericordia y de vida alegre en medio del mar de la indiferencia.
9. Nuestro sacerdocio se define desde Cristo, con el que nos hemos identificado sacramentalmente y en cuya persona actuamos. Ya no nos pertenecemos a nosotros, le pertenecemos a él que por nosotros murió y resucitó. Podemos decir que nuestro sacerdocio tiene forma eucarística, y, por tanto, ha de ir haciéndose cada día en la horma de la Eucaristía celebrada, adoradora y, vivida. Me viene a la memoria ahora unas de nuestras líneas pastorales aprobadas en la Asamblea diocesana recientemente celebrada que dicen: “Discípulos con vida espiritual y celebrando la liturgia de la Iglesia. Exhorto a cuidar y cultivar la liturgia, y que ella, esté traspasada por la belleza y que posibilite que la asamblea reunida en nombre del Señor, entre en el misterio de Dios, que es salvación. Ayudemos para recuperar la participación activa en la liturgia dominical y celebración de los sacramentos.
10. Queridos sacerdotes, varios de ustedes ya se encuentran sirviendo en nuevas comunidades parroquiales y otros lo harán en el próximo mes, les pido que inicien este nuevo periodo de

sus vidas, desapropiados, sabiendo que no eres dueño de la parroquia, pero si invitado a ser un buen administrador de los carismas y la pastoral. Pido que te descalces como Moisés, sabiendo que llegas a una comunidad que tiene su historia, su camino andado y proyectos futuros de evangelización. Eres enviado por tu Obispo para Sumar y construir relaciones fraternas, como servidor de todos, especialmente de los más pobres, y junto con la Comunidad cristiana discernir la forma de encarnar en un plan parroquial las prioridades pastorales diocesanas dadas, como son: Jóvenes – pastoral vocacional; familia; formar en la sinodalidad para la misión; protagonismo laical; Consejo pastoral parroquial y adultos mayores. Queridos sacerdotes velen para que el ministerio recibido en comunión con el sacerdocio común de los fieles, sea vivido, marcado por las prioridades mencionadas a las que estamos obligados por el Evangelio y por el Señor que ha hablado en la Asamblea celebrada.

11. Pido a los laicos y laicas y comunidades, que se preocupen de sus sacerdotes, quiéranlos y apóyenlos. Ellos, al igual que todos, pueden tener defectos, no son perfectos como tampoco lo son ustedes, estamos siempre en proceso, en camino de dejarnos configurar por Cristo. Ahora, si nosotros como cristianos, como Iglesia, no valoramos la vida y el ministerio sacerdotal, que son los únicos y nadie más, en palabras de San Francisco de Asís, “que nos administran el Cuerpo y Sangre de Cristo”, significa que hemos perdido el valor y significancia del sacerdote. Si como sacerdotes no caminamos con el pueblo de Dios y desde él, el ministerio recibido pierde su vigor y significado.
12. Hoy tengo una particular preocupación, y por el cual invito hacer oración, es que, en nuestro país, desde hace años, que estamos sumidos en una crisis de fe y confianza que se ha ido profundizando, afectando tristemente a la familia, a las instituciones, a las organizaciones y a la sociedad en general. Hago un llamado de alerta, especialmente a la Iglesia y a quienes forman parte de nuestro país que, desde un escenario donde prime la falta de fe, la desacreditación y la indiferencia, difícilmente se podrá construir una sociedad en que se favorezca la bondad y el respeto. Los invito a emprender un camino de reparación, recuperando la fe y restituyendo la confianza en la institucionalidad del país. El no disponernos a trazar este camino, solo nos queda el precipitarnos al abismo del caos, que seguramente algunos ya lo han optado como fin.
13. Queridos sacerdotes que en breves momentos renovaran sus promesas sacerdotales, y a ustedes laicos les pido que acompañen con su oración y cariño este momento. El Señor nos pide también renovar el corazón, para facilitar la comunión entre todos, para acoger con el amor de Cristo Pastor a todos, cuidando nuestra vocación bautismal y ministerial.

A la Virgen María, madre de los sacerdotes, pido para ustedes, para mí, para toda la Iglesia: Madre Inmaculada, a que no nos cansemos de hacer el bien. Ven siempre con nosotros, y no nos abandones nunca.

Para gloria de Dios Trino y Uno. Amén.

+Isauro Covili Linfati, OFM
Obispo de Iquique